

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

ORO VIEJO.

Por Federico Villoch.

El hombre que va proponiendo, de puerta en puerta, de casa en casa, comprar oro viejo: casi siempre polaco, hebreo, y si no lo es, él finge serlo, en vista de lo que se ha popularizado la plaza, y la cierta especie de fianza, crédito y favor que la extranjería le presta: —Oro viejo; lo compramos todo; pagamos un buen precio; prendas viejas que ya no sirven; patas y puentes de espejuelos, que ya no usan; pueden hacerse de una buena cantidad de dinero; busquen; registren; vean... A lo mejor, y cuando menos lo sueña la familia, se le entra por la puerta aquel inesperado socorro, aquella ayuda, aquella solución de un problema que diez minutos antes no tenía ninguna posible. El señuelo para disuadir a los morosos, es decir que «En la otra cuadra acaban de darle a una familia cincuenta y pico de pesos, por unas chucherías»; y que están dispuestos a dar lo que sea. Un botoncito, una cadenita: la pereza criolla veda en ocasiones realizar una operación de mutuos beneficios para vendedor y comprador; pero este también llega, a veces, cuando ya no queda en la casa más oro, que el de los casquillos de las dentaduras postizas, si queda...

Asombra calcular los cientos y miles de pesos que yacen olvidados, amontonados,

en las gavetas de los escaparates familiares. Se han levantado empresas fabulosas sobre la chatarra y el hierro viejo haciendo en los muelles y en los basureros. Con las cadenitas y los relicarios, y los medallones, y los camafeos, y los pendientes pasados de moda de la abuelita, se han acumulado fortunas increíbles. Con las calderas agujereadas con los cascotes de los remolcadores comidos por la herrumbre, con las anclas, y las cadenas, y las chapas sepultadas en las cenagosas aguas de los rincones de las bahías, se han fabricado cañones, ametralladoras, balas; y hasta poderosos acorazados: el oro y el hierro le serán siempre útil al hombre en cualquier estado en que se encuentren. Son su razón de vida; y por obtenerlos, ya extrayéndolos del fondo de la tierra, ya arañándolos, rebuscándolos, sobre el haz de ella, agotará todos sus esfuerzos. Si la América no hubiese ofrecido el oro y la plata de sus minas, ¿de qué les hubiera servido la América a los conquistadores? Si la vieja Europa no brindase el hierro y el cobre de sus montañas, ¿a qué vendría vivir en perpetua guerra los europeos? Si las lejanas sierras de la Australia no ocultasen el diamante en su seno, y la Polinesia la perla y el coral en el fondo de sus mares, ¿quién arrostraría los peligros y las aventuras en aquellas fantásticas y miste-

rias regiones? Sin el instinto de conservación, y sin la vanidad que informan la vida humana, ¿para qué el oro, y la plata, y el hierro, y las perlas, y las piedras preciosas?...

Pero descendamos de esas alturas pseudo-filosóficas; y volvamos al polaco comprador de oro viejo, con su piedrecita de toque, su barrita de contraste, su frasquito de ácido nítrico de distintas densidades, sus espejuelos de fuertes cristales, y su pequeño trozo de badana amarilla para quitarle el polvo de los años a la prenda objeto de su análisis. Algunos llevan una pequeña balanza para apreciar el peso de la prenda; pero otros prescindieren de ese medio y constatan el peso de la misma con solo hacerla saltar en el hueco de la mano un par de veces. —Uno cuarenta y cinco el adarme. El grupo familiar asiste a la rebusca de las gavetas, al principio, con incontenible afán, movido del egoísmo y el interés que despiertan los irresolubles problemas del rincón doméstico; pero, según van saliendo de sus escondrijos de años y más años, las viejas prendas olvidadas, un sentimiento de honda piedad lo agita; y se oyen exclamaciones como éstas: —¡Ah!, el camafeo de la tía Gertrudis!... ¡Ah! la cadena del reloj del abuelo!... ¡Ah!, el porta-mosquetón de la abuelita!... ¡Ah!, la vieja «catana» descompuesta del tío Ambrosio!... A lo que el imperturbable polaco responde: —Todo pasado de moda... Ya no se lleva eso... Cursi, deplacé... Y tras un mudo cálculo, y después de tocado, y pesado, y observado por cuarta, quinta y se sexta vez el camafeo de la tía, el portamosquetón de la abuela, la cadena del abuelito, la «catana» del tío Ambrosio, dispara como un pistoletazo: —¡Tantos pesos!...

Las joyerías, como todas las industrias, artículos, giros, etc., que explotan el gusto, las tendencias, las modas, la vanidad humana, en fin, ha sufrido grandes transformaciones, a veces absurdas y caprichosas. El automóvil moderno trae al presente el techo casi tocando la cabeza del viajero, de tal modo que éste tendrá que ir sin sombrero. El reloj de bolsillo, desde la galleta —«cebolla» se le llamaba antiguamente— amarrada a un calabrote de oro macizo, hasta el cronómetro moderno, volátil, aéreo casi, ceñido por un imperceptible aro de platino, ha pasado por múltiples formas diversas. Ya no se llevan, ni se explica/uno como han podido llevarse, aquellas arracadas que caían sobre los hombros de las damas, con un complicado sonar de pesadas arandelas de oro y un chocar ruidoso de enormes piedras preciosas. Aquellas cadenas de reloj que le daban al paciente dos vueltas al cuello, caían después como coyundas ope-

Joyerías

soras a ambos lados del chaleco, y se ocultaban, al fin, en un bolsillo, como la cadena del ancla de una nave en las profundas aguas que la rodean. Aquellos sólidos sortijones de oro, con tres piedras, tamañas como las Pirámides egipcias, que en algún caso sirvieron a su portador de férrea manopla defensiva. Aquellos dijes, historiados, que pendían de leopoldinas y leontinas, figurando la bola del mundo en relieves sus continentes y monumentos, y hasta todo el sistema planetario en funciones. Aquellas diademas rutilantes de zafiros, turquesas, esmeraldas, sobre las frentes femeninas, altas, hasta tocar casi los balcones; y que obligaban a sus portadores a llevar erguida la cabeza como la más arrogante de las emperatrices. . . Esas y otras joyas por el estilo, solo se ven hoy, o en los grandes remates de antiguas casas en quiebras; en el cine, en las películas de gangsters, o yacen olvidadas en el fondo de las gavetas, esperando al estulto polaco comprador de oro viejo.

Los antiguos orfebres trabajaban las joyas con verdadera delectación y maestría. Aquellas ostentaban, no solo el valor material, sino también el artístico. Daba gusto contemplar aquellos brazaletes, ajorcas, anillos, medallones, cadenas, pendientes, broches diademas, collares, zarcillos de nuestras abuelas. En el arte de la orfebrería se destacaron verdaderos genios. Esas custodias monumentales que son una especialidad española, demuestran que es en la orfebrería donde el arte hispano de los siglos XV y XVI se ofreció más fino y delicado y con mano de obra más perfecta. Se tenía el arte del orfebre en gran estima, en términos de que los reyes destinaron el primer oro que salió de América a la construcción de custodias y demás objetos sagrados. «para de este modo—dice un autor antiguo—ofrecer a Dios las primicias de su nuevo tesoro, abriendo el clero de aquella época grandes concursos para que tales obras fuesen de lo más original y acabado». De estas justas artísticas surgió el genial orfebre Enrique de Arfe, de quien se conserva, además de la admirable custodia de Toledo la Cruz Procesional de León, «adornada, dice el propio autor citado, con cuatro medallones, prolija ornamentación en los brazos, y un gran templete en el arranque, con históricas composiciones bajo las arquerías, grumos, pináculos y elegantes nervaduras».

En muchas catedrales de España se admiran artísticas y monumentales custodias, regalos de los virreyes de Méjico, Perú, etc., en las que alternan el valor material de las mismas, con la variedad y riquezas de piedras preciosas y artísticos trabajos de orfebrería que las forman. Si la Reina Isabel I de España empeñó sus joyas, para la aventura del Descubrimiento, puede decirse que el Nuevo Mundo fué agradecido; por que se las devolvió con creces. Los grandes orfebres antiguos y modernos siempre radicaron en París, Bélgica y Alemania, de donde procedían las mejores joyas; pero hoy también se fabrican aquí, en la Habana, tan buenas como aquellas, por artistas del país, entre los que figuran, no pocos, de la raza de color, muy apreciados.

La joyería alcanzó en los siglos XVI, XVII y XVIII, una importancia extraordinaria. A partir de 1820, la Habana adquirió fama en Europa de ser una gran consumidora de joyas de alto precio y buen gusto. Se citaban, como de gran valor material y artístico, las colecciones de joyas de los Condes de Bayona, Jaruco y Mopox, O-Reilly, Lagunillas, Fernandina, Raunión de Cuba, Lombillo, Romero, etc, los Marqueses de Peñalver, Campo Florido, Santa Olalla, Campo Alegre, Mariano, San Miguel, Aguas Claras, etc. Los comisionistas parisienses hacían frecuentes viajes a la Habana, realizando ganancias fabulosas. En 1680 se publicaron en Madrid varias pragmáticas de tasa, marcándoles los precios a los joyeros de la calle Mayor, para que no pudieran excederse de ellos. No es aventurado asegurar que muchas de aquellas joyas de nuestra nobleza, al correr de los tiempos, y al pasar de situación en situación, y de mano en mano, hayan ido a parar a las de esos polacos compradores de «oro viejo», que llaman frecuentemente a nuestras puertas; y que nos han dado pie para esta postal descolorida.

Nuestra Habana, cuantas veces se le presentara la ocasión, no fué remisa en dar pruebas elocuentes de su desprendimiento y buen gusto, obsequiando con joyas de gran valor a distinguidas personas de su particular aprecio, como el collar de piedras finas y diamanes, por valor de 25 mil pesos, que se le regaló a la insigne primera actriz española Doña María Guerrero, en la noche de su beneficio—1904—y el collar de perlas, también de alto precio, comprado en la casa Stéfani de New York, con que obsequió la República cubana a la hija de su grande y buen amigo el Presidente de los Estados Unidos, Theodoro Roosevelt, a su paso por la Habana, en su viaje de boda. Se pusieron de moda juegos de cuartos y de salas llamados «Alicia», el nombre de la feliz desposada. De la Habana se dirigieron los novios a Oriente, en el ferrocarril central; y ocurrió un caso muy cómico, que los descoloridos de aquella fecha—1904—no habrán olvidado: el detalle de aquel comerciante español de Jicotea, cerca de Santo Domingo, que pretendió detener en este pueblo el expreso, para regalarle a la novia un hermoso bouquet de bellas flores naturales.

—No vale 25 mil pesos, como el collar—decía—; pero me sale del corazón,

Fué una época feliz, plena de ilusiones y esperanzas, en la que nos dió por hacer regalos costosos y de mérito. Corría la plata, y no había por qué ser cicatero. Se bailaba la danza de los millones lo mismo en el palacio del potentado, que en la humilde casa del pobre; aunque en realidad, ni ésta era humilde, ni existían tales desheredados. Se prodigaron de manera prodigiosa los «turcos», vendedores callejeros de prendas. De cualquier sitio que procediesen, se les tenía por «turcos». ¿Qué modesta costurerita, o despalladora no ostentaban en sus dedos, un anillo de deslumbradores zafiros; ni qué estibador, o cargador de muelles, no tenía su Longino

de oro del catorce?

Entre los tipos cómicos de nuestra obra de actualidad, «La Danza de los Millones», estrenada por aquella época, presentamos aquel bobo que interpretaba el popular actor Mariano Fernández, con su vis cómica peculiar, el cual vino a «correrla» a la Habana, y al fin se quedó sin ropa, en medio de la calle. Un listo, de aquellos que abundaban entonces a cientos, le vendió un sortijón del que le hacía creer al memo poseedor que sólo existían dos ejemplares: uno lo tenía él, y el otro estaba en la India. Meses después, ya cambiada la decoración, un amigo se lo encuentra; y al verlo desanimado, melancólico, ya sin el famoso sortijero, se cruza entre ambos este diálogo:

—¿Y aquella tu célebre sortija de la que sólo habían dos ejemplares, uno en la India, y...

—Uno sigue en la India —se apresura a contestar el bobo derrotado.

—¿Y el otro?

—El otro en la casa de empeño.

¡Incontable el número de los que, después de una vida fastuosa de dispendios, ostentaciones y ridículas cursilerías, fueron a llamar a «casa de padrino»!...

Siempre contó nuestra Habana con acreditadas y magníficas joyerías, unas que aún existen, otras que ya han desaparecido; pero no del recuerdo de los descoloridos de aquella época. «La Acacia», de los hermanos Manuel y Joaquín Cores, se hallaba establecida, en su fundación, en la esquina de San Miguel y Manrique. Joaquín era fundador y presidente muy entusiasta de «Base-Ball-Club Fe», que tenía la enseña carmelita, y que muchas veces se paró bonito delante del «Habana» y el «Almendares». En aquella Directiva, entre otros «pollones» de la época, figuraban como vocales, el postalista, y su amigo íntimo el entonces estudiante de medicina, y luego nombrado Dr. Eduardo Salazar y Zaldívar, ya fallecido. Años después, ya establecida «La Acacia», en San Rafael, Joaquín, siempre amigo de la pelota, fundó con el inolvidable y popular Pancho López, y otros entusiastas, el Club «San Rafael» que se batió victorioso varias veces con el Club «Obispo», de la calle de su nombre. Joaquín Cores era un español acriollado, que simpatizaba con todas las cosas de Cuba. De Manrique, los Cores se trasladaron para su casa propia, de San Rafael número 12, que montaron a todo lujo.

A la casa de los Cores, hay que apuntarle un dato honroso y de gran importancia histórica: cuando aún no se había instaurado la República, en la primera intervención americana, la casa de los Cores fué la primera joyería que hizo figurar, y puso a la venta, en delicados y firmes esmaltes, los colores de la bandera cubana, en sus prendas: sortijas, pendientes, prendedores, yugos y gemelos de camisa, broches, relojes, pulseras, ostentaban, ya en forma de escudo, ya de bandera, el bello adorado emblema de Cuba Libre; poniéndose de moda una novedad que acogió el público con entusiasmo desbordante. El hijo de Joaquín, Dr. Manuel A. Cores, es al presente un alto empleado en la Secretaría de Justicia.

También fué popular en su tiempo la platería de Misa —la que fué objeto del célebre timo de los merengues, dado por el famoso mixtificador Villalba, aquel de las patillas próceres, que la gente tomaba por el tropío Conde del citado apellido— establecida durante muchos años en la calle de la Muralla— especialidad en vajillas de plata, cucharas, cuchillos, tenedores y demás objetos de mesa, labrados por los más famosos cinceladores alemanes y franceses.

Día llegará en que el polaco «comprador de oro viejo» llame en vano a todas las puertas, y visite sin resultado todas las casas, lanzando en el vacío su cantinela de siempre: —«Oro viejo; pagamos a buen precio; lo compramos todo; prendas viejas que ya no les sirvan, etc., etc». Ha

desaparecido el «oro viejo» de buena ley; se ha esfumado, se ha transformado en mil mezclas distintas, sin conservar ninguna de sus nobles virtudes. Y si solo fuese el «oro viejo» de los sortijones; de las insertibles «catanas»; de las augustas diademas el que yale escondido, el que ha llegado a extinguirse; pero es que también yace oculto, desplazado, desaparecido casi por completo, el «oro viejo» de la literatura; el «oro viejo» de la música; el «oro viejo» de las artes todas; el «oro viejo» de las costumbres; el «oro viejo» de los nobles sentimientos...

Dm Oct 21/40



PATRIMONIO DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

TRIMONIAL DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

4



Este marzo 4/42

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR